

Escalas de inseguridad: los arreglos cotidianos en una zona precaria de la Ciudad de México

Scales of Insecurity: daily arrangements in a precarious area of Mexico City

María Elena Figueroa y Adrián Gutiérrez

Universidad Nacional Autónoma de México
marielenafd@gmail.com; guadrian2@hotmail.com

Resumen. En este documento examinamos la espacialización de la desigualdad urbana, considerando la escala como la dinámica detonadora de la diferenciación social y de fenómenos como la violencia o la inseguridad. A partir de la propuesta de Neil Smith, analizamos el despliegue espacial de configuraciones que dan continuidad, en distintas escalas, a las sobredeterminaciones del capitalismo bajo una lógica de desarrollo desigual. Profundizamos en el modo en que las tendencias de acumulación capitalistas favorecen en la ciudad las condiciones de ciertas zonas en detrimento de otras, así como en la relación de subordinación que vincula centro y periferia. Un estudio de caso, en el municipio de Chimalhuacán, nos permite dar cuenta de la manera en que estas dinámicas son vividas por la población, cómo las distintas escalas se configuran para sostener la desigualdad expresada en el espacio, pero también cómo dicha configuración escalar puede ser transgredida en un sentido emancipador.

Abstract. In this document we examine the spatialization of urban inequality, considering scale as the detonating dynamics of social differentiation, and of phenomena such as violence or insecurity. Based on Neil Smith's proposal, we analyze the spatial unfolding of configurations that give continuity, on different scales, to capitalist overdeterminations under a logic of uneven development. We delve into the way in which capitalist accumulation tendencies favor the conditions of certain areas in the city to the detriment of others, as well as the subordination relationship that links center and periphery. A case study, in the municipality of Chimalhuacán, allows us to realize the way in which these dynamics are lived by the population, how the different scales are configured to sustain the inequality expressed in space, but also how said scalar configuration can be transgressed in an emancipatory sense.

Palabras clave. Escala; diferenciación espacial; inseguridad; violencia.

Keywords. Scale; spatial differentiation; insecurity; violence.

Formato de citación. Figueroa, María Elena, y Gutiérrez, Adrián (2020). Escalas de inseguridad: los arreglos cotidianos en una zona precaria de la Ciudad de México. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 10(1), 93-102. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/figueroa_gutierrez

Recibido: 24/08/2018; **aceptado:** 18/03/2020; **publicado:** 06/05/2020

Edición: Almería, 2020, Universidad de Almería

Introducción

Con el proceso de reestructuración económico-política del mundo que tuvo lugar a mediados del siglo pasado, se hizo evidente la nueva impronta espacial que asumirían las tendencias de acumulación del capital en el mundo y, sobre todo, en las entidades que por excelencia han permitido su concreción diferencial: las ciudades. Como parte de este proceso, las ciencias sociales comenzaron a tratar el espacio, de manera explícita o implícita, como un elemento clave para el estudio de la concentración del capital en contextos urbanos y de su relación con las formas de desigualdad social prevalecientes. Aunque los abordajes teóricos y conceptuales al respecto de esta relación han sido muy distintos, encontramos que en ellos prevalecen por lo menos tres aspectos que resultan interesantes para el desarrollo de nuestro argumento.

El primero tiene que ver con la determinación histórica de las transformaciones urbanas, es decir, la inscripción del análisis en el marco de las modalidades de desarrollo capitalista adoptadas en ciertos espacios y tiempos. El segundo está relacionado con el énfasis puesto en las diferencias como eje explicativo de la vinculación entre las condiciones socioeconómicas o culturales de la población y su posicionamiento en el espacio urbano. El tercero refiere al uso de alusiones hacia el espacio para el análisis de dichas diferencias (como las contenidas en las nociones de zonas marginales, centro-periferia y distancia socioespacial, entre otras) (Martha Scheingart, 2001). Los elementos de esta generalización, que no pretende ser exhaustiva ni conclusiva, apuntan a visibilizar de manera indirecta la predominancia que han tenido los tratamientos teóricos de tipo sociológico, económico, demográfico y urbanístico en el

análisis relacional de lo urbano y lo social. Aunque dichos planteamientos se inscribieron en sus orígenes dentro de paradigmas marxistas, llama la atención que la interpretación desde la teoría de la producción social del espacio (también marxista), no ha sido suficientemente explorada desde su especificidad en los estudios sobre las manifestaciones diferenciales del fenómeno urbano, incluso a pesar de la identificación del componente espacial de las dinámicas analizadas¹.

Esta perspectiva sobre el fenómeno urbano fue desarrollada, en principio, por Lefebvre, quien concibió lo urbano como una fuerza histórica capitalista centrada en la acumulación. Él, junto con Manuel Castells, fue determinante en la producción intelectual que autores como Edward Soja o David Harvey harían sobre la problemática de la ciudad y del espacio. Estos autores parten de considerar el espacio como una producción social determinada por los términos y las finalidades históricas de la lógica que rige la organización de la totalidad de las relaciones sociales, a saber, del capitalismo. De ese modo se evidencia la naturaleza económica y política de los procesos que organizan la vida social tanto a nivel general como en sus expresiones diferenciadas en el espacio, así como el carácter unitario de dichos procesos. Se trata, pues, de una teoría que intenta dar cuenta (en un nivel de abstracción general) de cómo el capitalismo logra sobrevivir ocupando y produciendo su propio espacio a partir del despliegue de dos tendencias contradictorias: una que apunta a la igualación espacial de las condiciones productivas y reproductivas en todo el mundo, y otra dirigida a la diferenciación de dichas condiciones a partir del establecimiento de una división territorial del trabajo fundada en distinciones materiales, institucionales y subjetivas.

Las tendencias que rigen la espacialidad global, sin embargo, adquieren concreción en la realidad mediante la formación de patrones de desarrollo geográfico desigual (Neil Smith, 2008; David Harvey, 2014), los cuales permiten que los procesos espaciales transiten de la generalidad a la particularidad concreta conservando en una y otra la misma esencia económico-política. Dichos patrones expresan la necesidad del capital de producir para su supervivencia zonas de desarrollo y de subdesarrollo, así como la emergencia de distintas escalas geográficas como medios para organizar, integrar y jerarquizar la lógica aparentemente caótica del espacio en su conjunto. A decir de Neil Brenner, «esta tensión entre la integración global y la rediferenciación territorial ha llevado a la “explosión generalizada de espacios” en los que las relaciones entre todas las escalas geográficas se arreglan y reterritorializan continuamente» (2000, p. 362).

Las propuestas planteadas hasta aquí se complementaron con el desarrollo de otras categorías con las que se han generado análisis más específicos sobre fenómenos que, de otro modo o en momentos previos, no podían ser observados tan fácilmente. Entre ellas sobresale la tesis de la fijación espacial (*spatial fix*) del capitalismo (David Harvey, 1989) y, en fechas más recientes, la tesis de la fijación escalar (Neil Brenner, 1998). Esta última en particular, fundada en la noción de escala geográfica, así como en los procesos históricos de producción y articulación escalar, se ha posicionado «en el centro de los más recientes debates en los estudios urbanos» (Ignacio Farías, 2011, p. 8). No obstante, y como menciona el mismo Brenner (2000), en los esfuerzos por conceptualizar el espacio dentro de la investigación urbana, la problemática que envuelve la escala geográfica no ha sido reconocida como un asunto teórico particular. Al respecto de esta consideración, Smith menciona que la diferencia espacial no fue considerada sin trivializaciones en el siglo XX debido a la preeminencia del tiempo sobre el espacio característica de la teoría social elaborada durante ese periodo.

La diferencia espacial prevaleció en la teoría social solo en la medida en que permitió ver diferentes procesos sociales y sus patrones en diferentes lugares. Acorde con esto, el espacio *per se* (en contraposición a los eventos sociales que ocurren «en» el espacio o «mediante» el espacio) era tratado como algo autoevidente, no problemático y que no necesitaba teoría. Los geógrafos, de quienes se podría haber esperado el desarrollo de un lenguaje para la diferenciación espacial, estaban realmente preocupados por cuestiones espaciales y no

¹ Por ello, muchas veces, cuando se ha considerado lo espacial, suele ser en términos de la base material de los procesos analizados. De ese modo se diluye su entendimiento como dimensión social y se reduce la espacialidad a un elemento que solo tiene relación (de manera pasiva y secundaria) con cuestiones de ubicación, distribución o desplazamiento físico en las ciudades.

estaban dispuestos en absoluto a descartar el espacio, pero albergaban, sin embargo, una desastrosa reticencia hacia la teoría en general, y una completa resistencia a ver la escala geográfica como una construcción social. Con algunas raras excepciones, trivializaron la escala geográfica como si se tratara de una cuestión de simple predilección metodológica del investigador (Smith, 1992, p. 61).

Frente a esta situación y en su condición de geógrafo social, Neil Smith (2008) desarrolló las bases teórico-metodológicas de un concepto de escala geográfica lo suficientemente amplio y operativo para analizar dinámicas espaciales (centrales, pero no exclusivas de los entornos urbanos) desde la teoría general de la producción social del espacio. Para él, la escala es la forma más elemental con la que aparece la diferenciación espacial, incluyendo desde el nivel de los cuerpos hasta el global. Se trata, pues, de un producto político en la medida en que

constituye la tecnología con la cual los eventos y las personas son, literalmente, «contenidos en el espacio». Aunado a ello, la escala demarca el espacio o *espacia* a las personas para que lo «tomen» o lo hagan por sí mismas. En la escala, por lo tanto, se destilan las posibilidades opresivas y emancipadoras del espacio, su potencial de muerte, pero también de vida (Neil Smith, 2008, p. 230).

Es preciso señalar que recientemente han aparecido dos maneras de concebir la ciudad, vinculadas entre sí, que mantienen tanto similitudes como diferencias respecto a la perspectiva escalar de Smith y de Brenner. Por un lado, el planteamiento de los ensamblajes urbanos, derivados de la propuesta general de Manuel de Landa, que relaciona en el todo, exteriormente, componentes que se afectan entre sí, y que presentan, asimismo, cualidades emergentes manifiestas en tanto relaciones que no derivan de las partes, sino de sus vínculos (Ignacio Farías, 2011)². Por otro lado, muy de cerca de aquella, la Teoría del Actor-Red (TAR), que privilegia y enfatiza, antes que una perspectiva escalar, la idea de la ciudad como un objeto múltiple y descentrado; se asume aquí que la sociedad es un ensamblaje que permite su movimiento en redes híbridas y translocales de elementos que constituyen sistemas sociotécnicos (sistemas de transporte, telecomunicaciones, carreteras, redes de servicios), junto con otros elementos humanos y no humanos. A la teoría de los ensamblajes, la TAR añade el rechazo a la diferencia entre lo micro y lo macro, lo global y lo local, la estructura y el sistema (Ignacio Farías, 2011).

Estas teorías se distancian de la perspectiva escalar de Smith y de Brenner; sin embargo, en realidad coinciden en que las ciudades (los ensamblajes) son multiescalares, y en que es preciso enfatizar la no linealidad y la no homogeneidad de las escalas. De este modo, se privilegia la idea de que «cada ocupación topológica coexiste a diferentes escalas, y, por lo tanto, sus propiedades serán distintas de acuerdo al lugar que ocupen, puesto que tanto su temporalidad-espacialidad, como sus componentes materiales, varían según corresponda» (Karla Castillo, 2019, p. 13). Sin lugar a dudas, estas concepciones arrojan luz sobre dimensiones y dinámicas que no habían sido analizadas con anterioridad (como la cuestión de los vínculos o de los ensamblajes).

A pesar de lo sugerentes que nos resultan estas propuestas conceptuales, y de que están en relación con la propuesta de los geógrafos anglosajones, hemos decidido hacer un acercamiento a la conceptualización elaborada por estos últimos, y en particular por Smith, para analizar la interrelación que existe entre diferentes escalas productoras de políticas de desigualdad espacial y social en una zona de la Ciudad de México. Esto responde a tres razones: 1) permite hacer una aproximación espacial, inscrita dentro de una teoría general (de naturaleza geográfica, pero con fines interdisciplinarios), a la condición social y espacial diferenciada que presenta una zona de la ciudad debido a su relación conflictiva con otras escalas espaciales; 2) contribuye a la visibilización del modo en que esas condiciones se reproducen dentro de dichas zonas y de las posibilidades que tiene la población para vivir y afirmarse escalarmente en ellas,

² Propuesta por De Landa, siguiendo a Deleuze, la teoría de los ensamblajes enfatiza el carácter externo, histórico, contingente y multiescalar de las totalidades compuestas por elementos heterogéneos dentro de los cuales podemos encontrar las ciudades. Los ensamblajes no implican jerarquías, sino vinculaciones de elementos humanos y no humanos, que interactúan en diferentes escalas simultáneamente.

incluso a pesar de las sobreterminaciones que les imprimen continuamente el resto de las escalas; y 3) posibilita el reconocimiento de la naturaleza de las relaciones escalares en el marco de una totalidad social determinada históricamente (por el capitalismo)³, así como permite identificar los matices que esta asume en formaciones sociales particulares de América Latina y, dentro de esta última, de México. Esta consideración nos parece significativa, ya que la ubicación de la producción espacial y escalar del caso que nos ocupa está marcada por relaciones de subordinación y dependencia distintas a las que se observan en otras partes del mundo. Creemos que esta precisión otorga fuerza explicativa a los fenómenos de inseguridad y de violencia que analizamos a lo largo del escrito.

El desarrollo del argumento y el análisis de la realidad a partir del concepto planteado se desprende de un estudio de caso llevado a cabo, entre enero y junio de 2018, en tres zonas del municipio de Chimalhuacán: Tlatelco, Ampliación Xochiaca y Chimalhuacán Centro. Las diversas técnicas de reconocimiento y recabo de información empírica incluyeron recorridos, conversaciones informales y entrevistas cerradas a 17 personas (11 mujeres y 6 hombres) de entre 19 y 66 años. Se realizó, asimismo, un ejercicio de cartografía social con seis personas, en el que se les pidió que detectaran las zonas más riesgosas y peligrosas del municipio. Los y las participantes de dicho ejercicio reflexionaron sobre la inseguridad experimentada en su vida cotidiana; nosotros, posteriormente, sistematizamos y analizamos sus consideraciones con el fin de discutir los referentes teóricos y conceptuales antes planteados. Siendo así, a continuación, presentamos algunos de los resultados de este trabajo.

Comenzamos con una contextualización general de la zona; luego, analizamos las escalas y las dimensiones de su espacialización bajo el lente de la información teórica y empírica considerada. Con base en ello, en un tercer momento, interpretamos el funcionamiento de estas escalas y, finalmente, concluimos con elementos de discusión y reflexión derivados del trabajo que realizamos. Cabe mencionar que este documento ha constituido la base preliminar para el desarrollo de un proyecto más amplio, con el cual buscamos profundizar en el modo diferencial en que se desarrolla la relación entre espacio y cultura en contextos urbanos y, en particular, en la Ciudad de México.

El contexto precario de la zona

En Latinoamérica, algunos estudiosos (Clara Jusidman, 2012; Cristina Bayón, 2012) han ubicado el recrudecimiento de la pobreza y el detrimento de la vida de las personas que habitan en las periferias urbanas en el cambio de modelo de desarrollo que persistió desde la primera mitad del siglo pasado. Este último se basaba en un Estado orientado a generar estrategias para cubrir necesidades básicas de la población de los grandes centros urbanos. Estas estrategias incluían también las periferias a las que estos dieron lugar, en las cuales había la posibilidad de subsistir y de tener expectativas de mejoramiento, seguridad y movilidad social⁴. Las transformaciones derivadas de este cambio, que en México comenzaron a evidenciarse en la década de los años ochenta del siglo pasado, implicaron «la destrucción de mecanismos sociales de contención y protección de la seguridad de las personas, que surgían del tejido social comunitario» (Clara Jusidman, 2012, p. 19)

Lo anterior ha generado un entorno cada vez más difícil para una población pobre en constante crecimiento y en peores condiciones materiales, pues la reducción de las posibilidades de empleo que se ha dado con este proceso ha tenido que ser solventada socialmente mediante el desarrollo de actividades terciarias, informales e ilícitas. Ello no solo da cuenta de la intensificación y la extensión del tiempo de

³ De acuerdo con Jaime Osorio, «en nuestro tiempo, es la lógica del capital la actividad unificante que organiza y articula la vida societal. Es el despliegue [como totalidad] de esa lógica lo que opera como un tornado que a su paso termina atrapando todo, haciendo que la vida societal gire en torno a su eje: esto es, la valorización del capital» (2015, p. 28). A diferencia de la TAR, que rechaza la diferencia entre lo micro y lo macro, lo global y lo local, la estructura y el sistema (Fariás, 2011), desde esta concepción de totalidad, las diferencias están marcadas por la necesidad del capital de jerarquizar y de dar más o menos relevancia a ciertas operaciones (en detrimento de otras), con el fin de unificarse.

⁴ Esto no sugiere que la procuración social del Estado fuera antes más o menos favorable, sino que lo que se pone en cuestión es que su centralidad política en ese rubro no había sido trastocada.

trabajo, que hoy en día se traducen en la reducción de los niveles de ingreso de la población, sino también de un aumento en los niveles de estrés, desesperación y frustración, aunados al debilitamiento del control y la vigilancia por parte de las autoridades. Consideramos que todo ello pone de manifiesto el fundamento estructural de las condiciones de existencia de quienes viven en las periferias y, con ello, el sentido espacial de la marginación.

En la escala nacional, tal situación expresa el crecimiento económico dependiente del país, en el que, ante la liberalización del mercado de capitales y de bienes provenientes de Estados Unidos y otros países (Clara Jusidman, 2012), el Estado ha retrocedido en todo lo referente a la procuración de las provisiones sociales básicas. Estas condiciones han dado como resultado un país aún más desigual e injusto en el que la riqueza de unos cuantos se sustenta en el trabajo de muchos o, en términos espaciales, en el que las formas de vida urbana reposan en la subordinación de espacios diferenciados mediante mecanismos de poder explícitos o difusos, así como en la introspección de esa lógica diferenciadora en el interior de ellos.

Tal es el caso de Chimalhuacán, municipio localizado en la región oriente que rodea la Ciudad de México y que se caracteriza por registrar altos niveles de violencia y de inseguridad. Se trata de una de las zonas de urbanización precaria y concentración espacial de población ubicadas en los límites político-administrativos de la Ciudad de México y el Estado de México (Enrique Moreno y Jaime Espejel, 2013). De manera que, además de ser una de las 125 municipalidades de la última entidad, Chimalhuacán está comprendido entre las 60 jurisdicciones que conforman la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM). Con esta ciudad mantiene muchos más vínculos que con la capital del estado al que corresponde ya que, a pesar de su posición periférica, aporta una gran cantidad de fuerza de trabajo al núcleo urbano. Por ello, este municipio cuenta con medios de movilidad y de transporte, aunque en su interior el desarrollo de infraestructura social ha sido tan escaso que se puede hablar de una «profunda concentración geográfica de desventajas: pobreza, bajos ingresos, precariedad laboral, bajos niveles educativos, deserción escolar, desprotección social, hacinamiento, infraestructura urbana limitada, servicios de baja calidad, etc.» (Cristina Bayón, 2012, p. 136).

Dentro de esta región, Chimalhuacán es considerado como uno de los municipios del Estado de México más pobres y como el que presenta más desventajas entre aquellos que conforman la zona metropolitana (Cristina Bayón, 2012), que ya de por sí están en desventaja por constituir la periferia de la ciudad. Sin embargo, en contraste con otras zonas, las causas de su marginación aún no han sido suficientemente analizadas en los estudios sociales, urbanos y periurbanos. Si bien otros municipios de la región se consideran más poblados e inseguros (como Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl), Chimalhuacán presenta una configuración que lo hace una zona de riesgo en más de un sentido. Por ello consideramos que se han conjuntado múltiples factores para dar lugar a la realidad compleja de este municipio, en el cual se enfrentan la historia y las condiciones de vida locales con las dinámicas espaciales que intentan hacerlo funcional para el sostenimiento ampliado de la escala urbana.

Entre esos factores destacan las dinámicas de poblamiento y urbanización del municipio. Chimalhuacán ha crecido debido a la migración forzada (por la escasez de oportunidades y la violencia) o voluntaria de individuos y familias provenientes de entidades federativas como Oaxaca, Hidalgo, Puebla, Guerrero y Veracruz. Estas personas, mediante procesos de colonización o compra de terrenos de muy bajo costo en lo que antes era el lago de Texcoco, conformaron colonias populares, con poca o nula planificación, sin control gubernamental ni abastecimiento de servicios como drenaje, agua y luz. Por ello, la construcción de viviendas en la zona se ha dado en terrenos no aptos para el desarrollo urbano.

Sin servicios ni ingresos suficientes, y privados de las necesidades básicas desde el comienzo, los habitantes del municipio han dependido en gran medida del poder de facto derivado del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que, a pesar de la transición ‘democrática’ que tuvo lugar en el año 2000, ha conseguido permanecer hasta la fecha en el poder a nivel local. Este poder fáctico, personificado

por el movimiento antorchista⁵, ha sido ejercido mediante prácticas clientelares y de control de la población con las que se otorgan bienes y servicios a cambio del voto, de la participación en mítines y marchas, en fin, de la lealtad e incondicionalidad del municipio con el partido. Esto ha provocado que Chimalhuacán sea, hasta la fecha, el único municipio sin alternancia partidista desde la década de los cuarenta del siglo pasado en la ZMCM y que, como consecuencia de esto, se haya construido una gestión de los recursos que no hace sino preservar la pobreza y deteriorar el tejido social. Como no hay respuesta por parte de las autoridades ante los problemas de la economía, la inseguridad y la violencia, y lo único que pueden conseguir los pobladores son algunos beneficios a través de clientelismo con intercambios desiguales, ilícitos y corruptos, hay una gran desconfianza de parte de la población ante la nulificación de su ciudadanía y la crisis de gobernabilidad. Contradictoriamente, el desencanto y el malestar no es percibido del todo, debido a la tergiversación de las transacciones entre ciudadanos y autoridades: las personas tienen miedo de no contar con su apoyo, aunque este tampoco les permita solventar sus necesidades (materiales, físicas y espirituales) más profundas.

Las relaciones entre el movimiento antorchista y la población manifiesta el fundamento del poder en un ciclo perverso en el cual el gobierno gasta en infraestructura cultural suntuaria en vez de dotar de servicios básicos, lo que genera un vacío que es aprovechado desde la lógica del clientelismo por dicho movimiento, como un medio para invisibilizar las desigualdades internas a la vez que se mantiene a la población en condiciones sumamente precarias. Y es que en Chimalhuacán la cultura es un mecanismo que permite velar el fundamento de poder de la sociedad, negar las diferencias sociales y generar cohesión e identidad en torno a uno o varios proyectos políticos. La vida cultural que promueve el Estado es una expresión más de la diferenciación espacial y social de la que hablamos anteriormente: la cultura es propia del centro, de la cabecera municipal, mientras que la periferia parece carente de expresiones culturales significativas para el tipo de comunidad que intenta construir el Estado. Las expresiones culturales periféricas tienen el potencial de aumentar las posibilidades de comunicación y organización de las que son privadas las personas confinadas a los márgenes urbanos e, incluso, de impactar con ello en otras escalas.

Las escalas en funcionamiento

Para Neil Smith (1992), la producción de escala es la primera dinámica a través del cual la diferenciación social aparece; por ejemplo, la producción de la escala urbana de la ZMCM requiere la existencia de diferencias espaciales internas en las condiciones de Chimalhuacán. Dicha producción es un proceso social que determina y es determinado por las estructuras geográficas (mundial, nacional, urbana, regional, local) de la interacción social que hoy en día se generan en, y a través de, los fundamentos de explotación y de dominio de la sociedad que conocemos. Estas escalas se interrelacionan en función de sus diferencias internas y externas, generando contradicciones que tienden a agudizarse en contextos neoliberales. Los países periféricos y dependientes latinoamericanos, cuya posición en el contexto internacional se encuentra condicionada por las relaciones de subordinación que mantienen con los países centrales, reproducen dicha lógica centro-periferia tanto en la escala nacional como en las internas. Con ello, se da lugar a jerarquías espaciales de desechos y residuos (Zygmunt Bauman, 2005) que son necesarias para que lo no-residual, lo central, pueda conservarse en ese estado y presentarse como natural. Posiblemente a eso se refiere Pierre Bourdieu (1999, p. 120) cuando menciona que

⁵ Antorcha Campesina fue un movimiento fundado en 1974, buscaba organizar a los sectores más pobres y marginados de la región con el fin de mejorar sus condiciones de vida. A él se sumaron otros movimientos paralelos: Antorcha Estudiantil, Antorcha Obrera y Antorcha Popular, que, junto con aquel, dieron lugar al movimiento antorchista. En 1988, este movimiento se alió con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en términos de buscar respaldo institucional y beneficios varios a cambio de apoyo electoral; entre otras cosas, miembros del movimiento antorchista han sido candidatos de elección popular. El movimiento tiene una alta aceptación entre la población, la cual ha establecido una relación con el mismo basada en prácticas clientelares. Casi todo lo que han obtenido en materia de servicios, vivienda, infraestructura y esparcimiento proviene de los apoyos del movimiento a cambio de la participación en marchas y mítines, así como del voto. (Véase María Fernanda Soumano, 2007).

en una sociedad jerarquizada no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el *efecto de naturalización* que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural: así, determinadas diferencias producidas por la lógica histórica pueden parecer como surgidas de la naturaleza de las cosas (basta con pensar en la idea de “frontera natural”).

Es así como las tendencias de igualación y diferenciación espacial que definen la lógica centro-periferia que organizan al mundo y al país, se interiorizan y reproducen a nivel regional y a nivel municipal. Cuanto más central es la zona, es más segura; cuanto más periférica, más violenta e insegura. Así, el municipio de Chimalhuacán, que pertenece a la periferia excluida y lejana del núcleo urbano, al borde peligroso e inseguro, recrea la distinción entre periferia y centro de tal modo que su centro es seguro, cuidado, distinto. No obstante, en la dinámica de producción y diferenciación escalar, el Estado no solo ejerce su poder de manera vertical o unívoca mediante mecanismos de coacción, sino más bien de manera múltiple y difusa, aunque no por eso menos violenta:

Muy a pesar de su complejidad y su diversidad, esas relaciones de poder logran organizarse en una especie de figura global. Podríamos decir que es la dominación de la clase burguesa o de algunos de sus elementos sobre el cuerpo social. Pero no me parece que sean la clase burguesa o tales o cuales de sus elementos los que imponen el conjunto de las relaciones de poder. Digamos que esa clase las aprovecha, las utiliza, las modifica, trata de intensificar algunas de esas relaciones de poder o, al contrario, de atenuar algunas otras. No hay, pues, un foco único en que todas ellas salgan como si fuera por emanación, sino un entrelazamiento de relaciones de poder que, en suma, hace posible la dominación de una clase social sobre otra, de un grupo sobre otro (Michel Foucault, 1994, p. 42).

Las escalas internas que se ponen en juego en el proceso activo de diferenciación social espacializada que se observa en Chimalhuacán son fundamentalmente la del cuerpo, la de la comunidad, la del entorno urbano y la escala nacional. A continuación las analizamos de acuerdo con la propuesta mencionada de Neil Smith (1992).

La primera de ellas, el cuerpo, es sede de una vulnerabilidad física y emocional que, en tanto primera frontera con el exterior, define prácticas y sentidos espaciales, pero también condensa las condiciones para imaginar y construir un orden espacial distinto. Los individuos, desde la escala personal del cuerpo, están en un constante estrés físico y emocional que se vincula con la violencia, ya sea del lado del ejecutor o de la víctima. En el primero, los niveles de frustración, ira y angustia pueden jugar un papel central (aunque no único) en la comisión de delitos; en la segunda, hay una permanente sensación de riesgo. Los cuerpos de las mujeres son los más vulnerables, pero no los únicos expuestos a altos niveles de violencia (desde violencia verbal y distintas formas de acoso, hasta abusos extremos y muerte son los riesgos a los que las mujeres jóvenes se exponen). Estas sobredeterminaciones violentas, tanto estructurales como simbólicas, generan aprendizajes arraigados en diversas prácticas, en un sentido estratégico de protección y supervivencia. De acuerdo con Bourdieu (2007), serían parte del *habitus*, en tanto conjuntos de disposiciones para actuar, y que en su primera caracterización incluyen la *hexis* en tanto disposición corporal. Aquí aparece un *habitus* con elementos extraordinariamente restrictivos, una corporeidad que se libera únicamente en tiempos y espacios acotados determinados, que ha aprendido a sortear los espacios de afuera.

Muy cerca de la escala del cuerpo aparece la del hogar, que solo mencionaremos como puente entre los cuerpos y la comunidad. Los hogares significan espacios de seguridad, encierro y reproducción cotidiana, así como de diferenciación con respecto al afuera; a la vez, pueden ser espacios privados que guardan abusos y violencia intrafamiliar. Por ello, el hogar puede ser tanto una ruptura con la escala más amplia de comunidad, que se constituye como potencialmente insegura, como una continuación de dicho ámbito, con las posibilidades de desarrollo y crecimiento, o de violencia y riesgo.

De acuerdo con algunos habitantes del municipio que fueron entrevistados, hay un ‘toque de queda’ tácito, no impuesto por las autoridades. A cierta hora de la noche, nadie sale de sus casas; no hay movimiento en las calles; salvo algunos que lleguen tarde del trabajo o tengan una emergencia, prefieren

no salir. Se gestan diversas estrategias para evadir posibles riesgos: tomar ciertas rutas y no otras, evitar caminar, correr en vez de caminar si no hay opción, eludir espacios abiertos y aislados, vivir de día.

El riesgo y la inseguridad en la vida cotidiana se ven como algo ajeno al Estado; natural e inevitable. Si bien los habitantes pueden darse cuenta de que no hay patrullas ni policías, o que llegan ‘convenientemente’ tarde cuando se cometió un delito, en realidad no hay una clara conciencia de que el descuido y el abandono por parte del Estado tengan que ver con los niveles de inseguridad y vulnerabilidad que se gestan en distintas escalas, que agreden cuerpos y que los hacen responsables de su propia seguridad y autocuidado. Una vez más, se trata de ubicar en el individuo la responsabilidad de su propio destino.

La escala de la comunidad, como espacio diverso y complejo, es la zona de producción y reproducción económica y social, así como de la vivencia cotidiana de la inseguridad, la precariedad y la incertidumbre. Es la zona donde se hace más patente el abandono y la negligencia por parte del Estado. El deterioro del tejido social derivado de las condiciones de producción y reproducción a las que la población está sometida, da lugar, en la mayoría de los casos, a una generación ilusoria y artificial de comunidad. Arreglos frágiles con instancias de poder basados en clientelismo; desequilibrio en la dotación de servicios; acceso desigual a los recursos, a los espacios seguros; barrios surgidos de la distinción; fronteras que manifiestan una política de diferenciación espacial que clasifica a los habitantes en ‘nosotros y los otros’. Todo ello evidencia que el municipio, por más que pueda ser caracterizado de una cierta manera, no es homogéneo, no es idéntico en su interior: luchas de poder y por posicionamiento social se ponen en juego, se diferencian ciudadanos de diferentes calidades y con diferentes destinos. Aun así, los más privilegiados también están sujetos a falta de oportunidades, a crecimiento limitado, a carencias fundamentales; no dejan de ser parte del oriente de la ZMCM y de la periferia de la Ciudad de México, ni de estar sometidos a una misma violencia sistémica.

La experiencia de la violencia y el miedo siempre está espacializada; no se limita al lugar de la experiencia (Alicia Lindón, 2008), sino que marca el sentido de ese lugar en la vida de las personas. En esta escala comunitaria, los espacios del miedo y la violencia, de acuerdo con Lindón, son varios. En primer lugar, están las casas (sobre todo las que no tienen barda y sus confines no se distinguen del afuera); en segundo lugar, las calles pequeñas, de donde no se puede escapar fácilmente; en tercer lugar, los terrenos baldíos, generalmente privados, poco transitados y poco iluminados, estratégicamente fuera de la mirada de los policías, que son espacios que pueden ser vulnerados con solo romper las lámparas del alumbrado, si las hay. Se trata de una escala desde donde se puede vulnerar y atravesar los hogares y los cuerpos, sobre todo a los de las mujeres y los niños. Así,

[...] se suele dar la asociación entre la violencia/miedo con los espacios amplios, abiertos y extensos [...] aunque en cierto horizonte de sentido [...] la apertura espacial ha sido asociada con la libertad e, incluso con la aventura y la atracción que puede generar lo desconocido, también existen otros casos en los cuales la apertura se vincula al peligro. Esto suele ocurrir en las periferias pauperizadas en las cuales se hallan extensas áreas baldías (2008, p. 10).

Lo abierto es ese ‘afuera’ que no es espacio de libertad o liberación, sino de desprotección, inseguridad y riesgo. Se da, así, una oposición dentro-fuera. Cuanto más deshabitado y alejado se está de la ‘ciudad’, más riesgo se corre, sobre todo en el caso de las mujeres jóvenes, como ya hemos dicho, que son víctimas de asaltos, violaciones y feminicidios. Lo ‘abierto’ tiene que ver también con la indefinición de los bordes y las fronteras: son tierra de nadie, espacios que unen municipios, jurisdicciones diferentes, y que se convierten en territorios de impunidad.

Esta escala de comunidad es muy amplia e incluye las relaciones entre los barrios y colonias, el municipio, y la región oriente de la ZMCM (cuyo imaginario y realidad la colocan como la región más pobre e insegura del estado de México, la más abandonada y problemática).

Una última escala, para nuestros fines (antes que la global, que no mencionaremos), es la escala nacional: el país que necesita sostenerse en las contradicciones que lo caracterizan y que se encuentran enraizadas en su historia como país colonizado, siempre en vías de desarrollo, y con un sistema que responde a los

desequilibrios que se gestan en el seno del neoliberalismo de países dependientes, países periféricos también, que reproducen en su interior la misma lógica, aquella que deriva del capitalismo como sistema mundial.

Y como en una figura circular, las diferentes escalas no solo se conectan y se influyen, sino que guardan una relación de necesidad mutua. Así, un espacio desigual producto de políticas de diferenciación social, da lugar a entornos de violencia recrudescida hacia las mujeres, delitos, inseguridad, carencia de servicios o servicios de muy mala calidad, crimen organizado, desigualdad y pobreza, corrupción, clientelismo, entre otros factores de naturaleza estructural (no fortuitos, ni azarosos, ni responsabilidad de las personas), que existen y se reproducen para que el sistema esté en equilibrio, para que lo otro sea posible. Esa escala nacional depende de los cuerpos, los hogares y los barrios vulnerados, frágiles y expuestos, que, bajo la lógica del poder multisituado y difuso, también son capaces de ejercer y reproducir el ejercicio de dicho poder bajo formas de control y de dominio, bajo la violencia y la agresión. En la sobredeterminación de los cuerpos, en última instancia, está la posibilidad de lo otro, de lo estructural.

Ante un panorama de esta índole, parecería que no hay salida, que la sobredeterminación es total, que sin una reestructuración profunda del sistema no hay posibilidad de salvación. Sin embargo, los espacios de libertad, estrechos y condicionados, breves e inmediatos, se pueden convertir en espacios de resistencia y de visibilización. En las estrategias cotidianas para hacer una vida vivible, en los espacios de recreación, en las prácticas culturales, incluso en la posibilidad de aceptar una ayuda a medias por parte del gobierno y al mismo tiempo ser crítico con ello, reside un potencial, por pequeño que sea, de subversión. Las estrategias son individuales, familiares y colectivas, arraigadas en pequeñas prácticas cotidianas, casi gestos, que permiten que la vida cotidiana sea posible y enfatizar las contradicciones de la lógica espacial que intenta mantenerlos al margen.

Conclusiones

Las dinámicas espaciales de los habitantes del municipio de Chimalhuacán evidencian las tensiones que se gestan entre la escala de los cuerpos, con sus arreglos cotidianos para la vida, y las políticas de diferenciación de las que nos habla Smith, expresadas y corporizadas en el resto de las escalas que funcionan como determinadoras para la homogeneización de las prácticas, representaciones e imaginarios espaciales de los individuos. Las escalas, ya sean vistas como anidadas en ensamblajes, o como dinámicas que se traslapan y se superponen, y que a la vez mantienen y reproducen condiciones de opresión e inmovilidad, son las que organizan el espacio de la desigualdad mediante dinámicas diversas.

Aun cuando no exista una plena conciencia de la sujeción propia de condiciones de restricción, escasez y precariedad derivadas de estos procesos, las personas, desde sus cuerpos y sus hogares, desde sus trayectorias y desplazamientos, construyen modos de supervivencia y de escape, de autorrestricción y también de liberación. Estos modos, en tanto que responden a la función práctica de afirmar la vida dentro de una lógica violenta, tienen la capacidad de evidenciar y subvertir los fundamentos diferenciadores del espacio y de la sociedad, e incluso, de partir de ello para establecer vínculos con otras escalas con los que sea posible la construcción de una comunidad no ilusoria, sino real.

Observamos en las personas prácticas de ajuste a situaciones y entornos que salen de su control: restricciones en los desplazamientos, hábitos como el vestir o socializar de determinada manera, horarios limitados. En algunos casos, e independientemente de ello, no hay una transgresión de lo impuesto. En amplios sectores de la población reina la apatía, el conformismo, la normalización y el clientelismo (en tanto vía para sacar 'ventajas' de situaciones indignas para ellos mismos), los cuales rebasan la voluntad individual y, por eso mismo, constituyen una manifestación real de la espacialización de la desigualdad urbana. Sin embargo, también hay sectores que inician nuevas maneras de vivir y de apropiarse del espacio. Habitantes del municipio que preservan sus tradiciones culturales (tallados en piedra, danzas) y que a través de ellas generan comunidad; organizaciones para generar proyectos culturales alternativos (arte callejero, grafiti, música); grupos que fomentan la educación artística de niñas, niños y jóvenes, que, aunque mantengan una oferta limitada y convencional, ofrecen espacios renovados para la interacción y el disfrute.

Por las características del despliegue espacial y de las dinámicas políticas, económicas y sociales que allí se desarrollan, la población de Chimalhuacán cuenta con pocas herramientas para romper con las dinámicas espaciales restrictivas y violentas; asimismo, vive fuertes procesos normalizadores de modos de vida insostenibles y violatorios de los derechos humanos. Estos hechos dificultan los movimientos de cambio. No obstante, de manera gradual, subvirtiendo y transgrediendo escalas, haciéndose visibles a través del arte y la cultura, y gestando desde el cuerpo y la comunidad arreglos de supervivencia que se convierten en modos de resistir, han podido hacer cambios que, a la larga, pueden significar una diferencia en sus vidas. Sin lugar a dudas, dichos cambios tendrán un efecto sobre las configuraciones escalares y espaciales, desde el cuerpo y hasta escalas más amplias.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2015). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. México: Paidós.
- Bayón, María Cristina (2012). El “lugar” de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 133-166.
- Bourdieu, Pierre (2007). Efectos de lugar. En P. Bourdieu (coord.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124) México: Fondo de Cultura Económica.
- Brenner, Neil (2000). The urban question as a scale question: Reflections on Henri Lefebvre, urban theory and the politics of scale. *International Journal of Urban and Regional Research*, 24(2), 361-378.
- Castillo, Karla (2019). Claves teóricas en Manuel de Landa: de la ontología deleuziana, los ensamblajes, el emergentismo y la historia no lineal. *Andamios* 17(40), 229-250. <http://dx.doi.org/10.29092/uacm.v16i40.705>
- de Landa, Manuel (2006). Deleuzian social ontology and assemblage theory. 10.3366/edinburgh/9780748620920.003.0013
- Fariás, Ignacio (2011). Ensamblajes urbanos: la TAR y el examen de la ciudad. *Athenea Digital* 11(1), 15-40.
- Foucault, Michel (2016). *El poder, una bestia magnífica*. México: Siglo XXI.
- Harvey, David (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Jusidman, Clara (2011). Causas económicas y sociales de las violencias en entornos urbanos. En Gerardo Covarrubias (coord.), *Desarrollo cultural comunitario. Opciones para la cohesión social* (pp. 17-24). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Lindón, Alicia (2008). Violencia/miedo, espacialidades y ciudad. *Revista Casa del Tiempo*, 4, 8-14.
- Moreno-Sánchez, Enrique, y Espejel-Mena, Jaime (2013). Chimalhuacán en contexto local, sociourbano y regional. *Quivera*, 15(1), 77-89.
- Osorio, Jaime (2015). *Estado, reproducción del capital y lucha de clases. La unidad económico/política del capital*. México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM.
- Scheingart, Martha (2001). La división social del espacio en las ciudades. *Perfiles Latinoamericanos*, 19, 13-31.
- Smith, Neil (1992). Contours of spatialized politics: Homeless vehicles and the production of geographical scale. *Social Text*, 33, 54-81.
- Smith, Neil (2008). *Uneven development nature, capital and the production of space*. Georgia: The University of Georgia Press.
- Sommano, María Fernanda (2007). Movimientos sociales y partidos políticos en América Latina: una relación cambiante y compleja. *Política y Cultura*, 27. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422007000100003



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.